

# *El pastor*

Por Mathew McAllister

*¿Qué ha pasado? La historia  
de nuestra vida, eso es  
lo que ha pasado.*

Raymond khoury

La gente va y viene. Algunos se quedan. Otros mueren. La mayoría nunca regresa. Me quedé solo en la aldea, con siete ovejas que me llamaban lobo. También me quedé con las montañas y los amaneceres, con el otoño y las tempestades, con la fiesta del silencio y la pureza de las estrellas. Uno nunca sabe cuándo le llegará el despoblamiento celular, ya saben, el día en que nos vemos flotando por encima de nuestros cuerpos, cuerpos que no admiten nuevas formas de comprensión, cuerpos que dejan de pertenecernos. Lo importante, ladré frente al establo, es sobrevivir a la extrañeza de nuestro propio silencio. Las ovejas estaban de acuerdo en hacer un esfuerzo ciclópeo para destripar la soledad. En realidad, siempre estaban de acuerdo cuando en mi garganta silbaba la rabia. ¿Reconstruir el pasado o mandarlo todo al carajo? Mejor, será, volví a ladrar, fundar una nueva aldea. Una oveja señaló que el concepto de aldea global había absorbido todas las posibles aldeas locales. Nada escapaba ya al magnetismo de los neones, los centros comerciales y las carreteras de circunvalación. Nadie entre los humanos parecía percatarse de que la tecnología estaba provocando una nueva forma de despoblamiento, que ya no era físico, sino emocional. Una desertización social sin parangón en la historia de la humanidad. Les dije a las ovejas que verle las orejas al lobo en modo alguno las preparaba para lo peor, que su especie dormía más que soñaba, y que son otros los que sueñan con ovejas de cuyas ubres emana oro.

Teníamos más hambre que sueños. La pradera estaba seca, desconsolada, como una promesa bañada en la lengua del desierto. Las ovejas, famélicas, despertaban en mitad de la noche bañadas en un sudor sanguinolento. Soñaban que vivían colgadas boca abajo de las manos de gigantescos espantapájaros que no hablaban porque nadie había para escucharles. Teníamos presente, pero era casi lo mismo que estar ausente en un espacio indefinido. Yo me las apañaba para buscar alimento allí donde las raíces forman poéticas estructuras de esperanza. En más de

una ocasión pensé hincarle el diente a una de mis siete amigas. Era hermoso pensarlo, pero ciertamente triste sentirlo.

No es fácil ser un perro pastor en época de despoblamiento humano. Los veterinarios desaparecen, los renacuajos del pueblo dejan de acariciar a los perros y se ahogan entre cuatro dimensiones acristaladas, las calles renuncian a pasear desnudas bajo el implacable anonimato, y, las ovejas, mueren de calor o de pena.

Una noche de luna llena, cuando la esperanza era lo único que podíamos sentir en el estómago y el alma, llegó el circo. No era un circo cualquiera. No había monstruos, enanos, equilibristas, leones, domadores, tragafuegos... Sólo un mago. Un hombre tan igual al resto de los hombres que nos costó un mundo acercarnos sin mostrar, ellas, las pezuñas; yo, los dulces colmillos de la domesticación. Habló durante horas, días y semanas. Hizo trucos de magia pues era mago. Deshizo el hechizo de la soledad teletransportando nuestras mentes a un mágico fragmento del espacio-tiempo. Nos enseñó todo lo que sabía sobre los cuatro elementos y los asentamientos mesopotámicos. Nos presentó a nuestros primeros vecinos, un conejo llamado Chistera y su amante, la señora Realidad. Los conejos hacen el amor como conejos. Eso es todo lo que puedo contarles.

También puedo recordar que el mago me lanzaba un boomerang a la caída de los párpados. Nunca pude atraparlo. Iba y venía, porque así ha sido siempre.